

Capítulo 14

Seria advertencia del Cielo

([índice](#))

Apocalipsis 14:1: Después miré, y vi que el Cordero estaba de pie sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente.

El capítulo anterior describe al pueblo de Dios en una seria dificultad. La casi totalidad del mundo cede y se dobla ante la marca de la bestia, bien por estar aterrorizado ante las amenazas, o bien porque voluntariamente “[crean en la mentira](#)” (2 Tesalonicenses 2:11).

Pero en medio de toda esa confusión Dios tiene un pueblo verdadero que se atiene firme como una roca a la verdad de la Biblia. Se promulga un decreto según el cual todos los que rehúsan tomar la marca de la bestia son condenados a muerte. ¿Abandonará Dios a quienes eligieron permanecerle fieles?

¡Jamás! El Cordero es su protección. Claman: “[No temeré ni a una gran multitud que ponga sitio contra mí](#)” (Salmo 3:6).

El “[nombre ... de su Padre](#)” ha de representar su carácter de amor puro, abnegado. El Señor prometió a Moisés: “[Pronunciaré el nombre de Jehová delante de ti](#)”. “[Y Jehová pasó por delante de él y exclamó: —¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado](#)” (Éxodo 33:19; 34:6-7). Cuando el pueblo de Dios

aprenda a amar de la forma en que Dios ama, tendrá el nombre del Señor escrito en sus frentes.

¿Sólo van a salvarse 144.000? Es evidente que se trata de un número simbólico. El concepto numérico en la Biblia puede ser distinto al nuestro. Cuando Jesús alimentó a la multitud mediante el milagro de los panes y los peces, “los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños” (Mateo 14:21).

Jesús no cometería el error de invitar a todos diciéndoles: “El que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida” (Apocalipsis 22:17) para darse luego cuenta de que no había espacio suficiente para todos los que respondieran. Él ha prometido: “Al que a mí viene, no lo echo fuera” (Juan 6:37). Cree en él y acude a él, pero hazlo sin tardar.

Apocalipsis 14:2-5: Oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas y como el sonido de un gran trueno. La voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Cantaban un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender el cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes. Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. En sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.

¿De quiénes se trata? Ciertos hechos relativos a ese colectivo nos pueden dar la clave:

(1) “Fueron redimidos de entre los hombres”. La última generación del pueblo remanente de Dios en la tierra presenciará la venida de

Jesús. Forman el grupo del que habla Pablo en este pasaje: “Los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos [los santos resucitados] en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17). Es evidente que se trata de personas que no van a experimentar la muerte.

(2) Obtuvieron una experiencia nueva, desconocida para las generaciones que les precedieron en el pueblo de Dios. Sólo en virtud de esa nueva experiencia pueden entonar el “cántico nuevo” que “nadie podía aprender”, excepto “aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”. No solamente han enfrentado pruebas mayores que cualquier otra generación precedente; también desarrollaron una fe en Cristo madura, intachable, que les ha permitido triunfar gloriosamente.

(3) Abrieron sus corazones plenamente para recibir la salvación del pecado que Cristo dio, de forma que de ellos se puede declarar: “Son sin mancha delante del trono de Dios” (versículo 5). Nacieron con naturaleza caída, lo mismo que todos los que han nacido de mujer en este mundo, pero permitieron que su gran Sumo Sacerdote limpiara sus corazones de toda maldad. Su honestidad y sinceridad son inquebrantables, de forma que “en sus bocas no fue hallada mentira”. ¡Qué maravillosa obra ha hecho Jesús en ellos! En su experiencia quedará demostrado que Cristo puede “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25). En sus caracteres se verán los resultados prácticos de la obra final de Cristo en el santuario celestial.

(4) “Estos son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes”. En la Biblia, una mujer simboliza una iglesia. Una mujer pura es el símbolo de la iglesia verdadera; una mujer impura, contaminada, es símbolo de una iglesia apóstata. En Apocalipsis 18:4 leemos el llamado de Dios desde el cielo, a los santos que

están esparcidos por “Babilonia”, por todas las iglesias y religiones del mundo: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados!” (Apocalipsis 18:4). El grupo de los 144.000 representa a quienes responden a ese llamado. Cristo comparó a quienes esperan su segunda venida con un grupo de “vírgenes” (Mateo 25:1).

(5) “Son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”. Significa seguirlo allí donde nos lleve. Es lo contrario a rezagarse y quedarse atrás, es mantenernos siguiendo su dirección en todo momento. “Haced todo lo que él os diga”, fue la indicación de María, la madre de Jesús (Juan 2:5). Los 144.000 constituyen un grupo que ha recibido con alegría y entusiasmo todo el consejo y guía que Cristo ha enviado a su pueblo. Se han sometido al Espíritu Santo, quien ha podido producir una reforma completa en sus vidas. Hasta incluso sus hábitos en el comer y el beber, en la vestimenta y en las actividades de ocio, sus pensamientos y propósitos han sido puestos en armonía con el ejemplo de Jesús.

Apocalipsis 14:6-7: En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: “¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!”

“Ángel” significa mensajero: aquel que lleva un mensaje. Esta nueva visión muestra la extensión mundial del último mensaje de gracia que Dios envía a cada habitante del mundo antes que Jesús regrese finalmente. Dios ama a todos por igual. ¿Cómo podría dejar de enviar su mensaje a toda nación, tribu, lengua y pueblo?

No esperes ver ángeles literales volando por encima de las copas de los árboles o bien entre las nubes. La profecía señala aquí un

movimiento mundial, una obra de proclamación de ese mensaje al mundo entero. El mensaje puede llegar mediante las palabras de un predicador, en un podcast o vídeo en internet, en un folleto que alguien ponga en tus manos o en las páginas de un libro como el que estás leyendo. ¡Se trata del mensaje de Dios al mundo! Es posible que la oportunidad de escucharlo y aceptarlo se te presente solamente una vez.

El último mensaje de Dios al mundo en realidad no es nuevo, puesto que se trata del “[evangelio eterno](#)” que se ha predicado desde los días de Adán. Pero en esta ocasión incluye un desarrollo ulterior de la verdad, una luz acrecentada para la última generación de los habitantes del mundo. Se van a reunir los rayos de luz que fueron dados en las épocas pasadas, enfocándolos en las necesidades de los corazones humanos en los últimos días. Las “ovejas perdidas”, los hombres y mujeres secularizados, se han apartado cada vez más del rebaño, y el verdadero Pastor hará un esfuerzo supremo y final para alcanzarlos.

Tal como hemos visto en capítulos precedentes, la hora de su juicio comenzó coincidiendo con la purificación del santuario celestial, y eso sucedió al finalizar los 2.300 días de que habla Daniel 8:14. Así, el mensaje del primer ángel comenzó con el gran despertar espiritual de 1831-1844, cuando multitudes de seguidores fervientes de Jesús proclamaron al mundo que había llegado “[la hora de su juicio](#)”.

Ese mensaje nos llama a adorar a Dios por ser el Creador. ¡Cuánto necesita hoy la gente ese mensaje! Muchos suponen que la tierra se formó de forma casual a través de millones de años de evolución. Asumen que los seres humanos proceden de lentos cambios evolutivos desde formas inferiores de vida, tales como protozoos y otros organismos simples. De ser así, no somos más

que simples animales, lo que implica que nos debemos conducir según la ley de la selva que es común a los seres vivos: la ley del más fuerte, la supervivencia de los más aptos. Esa filosofía está en la base de los horrores del holocausto, del nazismo.

Por más que se haya investigado, no existe prueba científica válida que apoye la evolución. Es una teoría, realmente es una filosofía sobre los orígenes, no un hecho probado. Puesto que **“Dios es amor”**, ¿podemos esperar que nos engañe? Cuando declara que **“él nos hizo y no nosotros a nosotros mismos”** (Salmo 100:3), ¿está procurando engañarnos? Tampoco está en nuestra capacidad demostrar científicamente que el relato bíblico de la creación es verdadero, pero ¿por qué no confiar en la Palabra de Dios? Ninguno de nosotros sabe de primera mano lo que le sucedió en el primer o segundo año de vida. Creemos a nuestros padres. El **“primer ángel”** nos emplaza a confiar en la palabra de nuestro Padre respecto a nuestro origen. Dios ha dispuesto dos **“libros”** para nuestro estudio: La Biblia —o registro sagrado—, y el **“libro”** de la naturaleza. Ambos concuerdan.

Por ejemplo, la Biblia presenta el relato del diluvio en los días de Noé, cuando perecieron los animales y los hombres a excepción de quienes fueron preservados en el arca (ver los capítulos 6-8 de Génesis). Algunos científicos repiten hoy las palabras que Pedro predijo que pronunciarían: **“Desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”**, pero Pedro afirma que **“ignoran voluntariamente”** la verdad del diluvio (2 Pedro 3:4). El libro de la naturaleza que todos pueden entender por sí mismos provee el registro o evidencia del diluvio que cubrió toda la superficie de la tierra, llevando a criaturas marinas hasta las cimas de los montes más altos, donde hoy se las encuentra fosilizadas. Animales enteros que

vivieron en climas tropicales fueron arrastrados hasta la helada Antártida, y en sus estómagos aún se encuentra la hierba que ingirieron. Únicamente el diluvio que la Biblia describe, y los cambios climáticos que lo siguieron, pueden explicar tales misterios.

Aunque pueda parecernos desconcertante la evidencia científica a favor de la creación o de la evolución, la mayor evidencia de la verdad de la Biblia es el amor *agape*. La cualidad sublime de ese amor manifestado en la cruz desacredita de forma rotunda la evolución sin Dios, y valida toda la revelación divina. No hay científico o filósofo que pueda dar la menor explicación sobre el origen del *agape*. Sólo aquella cruz en la solitaria colina cercana a Jerusalén nos la da.

La señal del poder creador de Dios es el sábado que él hizo, bendijo y santificó al principio, cuando creó la tierra. Debido a que muchas iglesias cristianas han dado la espalda al verdadero sábado del Señor (el día que sigue al viernes), el mundo ha perdido de vista a su Creador. En el siglo XIX las iglesias de Alemania lideraron el movimiento que fomentaba la “alta crítica”: un nuevo método de interpretar la Biblia que concordaba con la que se llamó evolución teísta. No es una simple coincidencia que en ese contexto surgiera el nazismo, contra el que esa deriva religiosa carecía de antídoto. El mensaje de la Creación no es un asunto anticuado, es verdad actual (ver 2 Pedro 1:12).

Tan pronto como uno recibe el mensaje del primero de esos tres ángeles (Apocalipsis 14:6-9) y su atención se enfoca en el “[evangelio eterno](#)” que lleva ese mensajero, querrá guardar el sábado, ya que amará y adorará a su Creador y Redentor.

Apocalipsis 14:8-11: Otro ángel lo siguió, diciendo: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”. Y un tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre”.

¿En qué consiste “Babilonia”? Hoy no existe ninguna ciudad con ese nombre. Juan usa el término como símbolo de una vasta organización, una gran “ciudad” espiritual radicada en la tierra, que se ha exaltado jactanciosamente por encima de Dios, pero que “ha caído” al hacerse evidente que sus enseñanzas son erróneas.

La torre de Babel estuvo en el origen de la antigua ciudad de Babilonia. Babel significa “confusión”. Fue allí donde los postdiluvianos se rebelaron contra Dios. “Por eso se la llamó Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra” (Génesis 11:9).

En el libro de Apocalipsis aparece seis veces el nombre “Babilonia” en referencia a una religión falsa. Se trata realmente de confusión. Babilonia “ha hecho beber a todas las naciones” sus falsas doctrinas. Mientras que hace profesión de enseñar la verdad de Dios, en realidad enseña tradiciones y fábulas de invención humana. El resultado es que las naciones se han “embriagado”.

¿Por qué apareció el nazismo, requiriendo la segunda guerra mundial para frenarlo? ¿Por qué siguen las naciones hasta el día de

hoy iniciando guerras innecesarias y gastando ingentes sumas de dinero en armamento que no tendría lugar si se viviera de acuerdo con los mandamientos de Dios? Durante siglos de tinieblas que siguieron al rechazo del evangelio, la humanidad ha perdido la cordura. Y rechazando el mensaje del primer ángel que llama al mundo a adorar al Creador, a guardar su sábado y a prepararse para la hora de su juicio, Babilonia ha engañado una vez más a las naciones. ¡Dios la tiene por responsable!

Las falsas doctrinas son el “vino” que Babilonia da a beber a las naciones. Estos son algunos ejemplos: **1-** La falsa doctrina de que Dios es un tirano cruel que atormenta a los perdidos en las llamas eternas. **2-** La idea de que los muertos siguen vivos y conscientes. **3-** La idea de que Cristo no existió por la eternidad antes de su nacimiento en Belén. **4-** La observancia del primer día de la semana —el domingo— como si fuera el día del Señor, en lugar del sábado o séptimo día que Dios bendijo y santificó. **5-** La edificación de la fe alrededor del amor al yo, en lugar de basarla en el amor de Cristo, de forma que el temor viene a convertirse en la motivación principal en esa religión espuria. Esas y otras falsedades similares hacen que las naciones “beban” hasta llegar a la ebriedad, confundiendo tanto a dirigentes religiosos como a laicos. Jesús afirmó: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Juan 8:32).

El mensaje del tercer ángel es verdad actual. Contiene la advertencia más solemne en toda la Biblia. No hay otro mensaje posterior a él. El mundo entero va a ser emplazado a decidir a favor o en contra de la cruz de Cristo. Todos y cada uno serán llevados a la situación en que se encontraron los judíos y los romanos cuando crucificaron al Señor de la gloria. Iglesias que anteriormente

disfrutaron de la luz de la verdad, han “caído” al rechazar verdad adicional que implica deberes especiales para este tiempo.

“Crucifícale”, será el clamor del corazón de multitudes que escogerán perseguirle de nuevo en la persona de sus genuinos seguidores a quienes él tiene por hermanos en la tierra. Jesús considera el odio contra “uno de estos mis hermanos más pequeños” como si fuera dirigido a él mismo (ver Mateo 25:40; Lucas 10:16). Ese será el asunto real cuando se imponga la “marca de la bestia” (Apocalipsis 16:2 y 19:20). Se repetirá el Calvario a escala mundial.

Tal como vimos en el capítulo 13, la “marca de la bestia” exaltará el domingo en lugar de la observancia del verdadero sábado que fue bendecido y santificado por Dios. Quienes rehúsen recibir la “marca de la bestia” estarán en marcada minoría. Deberán hacer frente a la burla y a la oposición de sus parientes y amigos. En ocasiones significará perder un buen puesto de trabajo debido a su observancia del sábado. Pero todas las penurias que hayan de soportar son nada al compararlas con la bendita seguridad de tener al Salvador con ellos. Observa bien esto: nadie ha recibido aún la marca de la bestia. Aún no se han definido con claridad los asuntos finales en todas las mentes. El Señor tiene a muchos seguidores fieles que están todavía observando el falso sábado (el domingo) por ignorancia, y han de recibir la luz de esa verdad.

El gran asunto no es que un día de la semana sea mejor que el otro, sino la lealtad a Dios.

El llamado que hace la “bestia” aterriza finalmente en el amor al yo. Quienes escojan morir al yo y llevar la cruz con Cristo obtendrán la victoria sobre la “imagen” y su “marca”. La “marca de la bestia”

es antagónica con la cruz de Cristo, y el verdadero sábado del Señor es la señal de haber elegido llevar la cruz.

¿Es el Señor cruel al dar “tormento” a quienes eligieron recibir la “marca de la bestia”? La palabra que emplea Juan encierra la idea de poner a prueba a fin de que se evidencien los defectos. Cuando aquellos que hayan rechazado el sello de Dios comparezcan “delante de los santos ángeles y del Cordero”, cuando vean a Cristo y se den cuenta de que lo han vuelto a crucificar, comprenderán plenamente todo su pecado y rebelión por lo que realmente es. Verán que la totalidad de su vida consistió en odiar y crucificar al Hijo de Dios. ¡Ese conocimiento significará un tormento suficiente para ellos! El texto no dice que Dios vaya a atormentarlos. Dios es amor, no es un sádico. La desesperación de la culpa, de la pérdida y del remordimiento serán suficiente tormento.

En el día del juicio final cada alma perdida comprenderá la naturaleza de su propio rechazo de la verdad. Se presentará la cruz, y toda mente que fue cegada por la transgresión la verá en su significado pleno y real. Ante la visión del Calvario con su Víctima misteriosa, los pecadores quedarán condenados.

Apocalipsis 14:12-13: Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Y oí una voz que me decía desde el cielo: Escribe: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor”. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

Juan oyó a un ángel que señala al verdadero pueblo de Dios en la tierra. De entre las muchas religiones y denominaciones de este mundo, el Señor reconoce solamente como sus “santos” a quienes constituyen el pueblo que guarda “los mandamientos de Dios”

mediante la genuina “fe de Jesús”. Pero no procuran guardar los mandamientos mediante sus propias fuerzas, ni confían tampoco en su propia obediencia para obtener un lugar en el reino de Dios. La fe de Jesús es su única motivación. Él es su único modelo y ejemplo. Todo en ellos está centrado en Cristo. Se gozan en la salvación por gracia de Dios. Saben que “el cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). Cristo es para ellos ambas cosas: su sustituto y su ejemplo.

Muchos que abrazaron la esperanza de la pronta venida de Jesús han debido aguardar descansando en el sepulcro. Son “bienaventurados” en el sentido de que les está reservada la corona de justicia (2 Timoteo 4:7-8). Es preferible morir en Cristo, que vivir sin Cristo. Satanás siempre huye derrotado cuando tú y yo le decimos: “Prefiero morir antes que hacer lo incorrecto. ¡Me encomiendo a Dios!”

No hay ningún otro mensaje de misericordia para los culpables habitantes de la tierra, puesto que esos mensajes de los tres ángeles van inmediatamente seguidos por la segunda venida del Señor Jesús en las nubes del cielo:

Apocalipsis 14:14-20: Miré, y vi una nube blanca. Sentado sobre la nube, uno semejante al Hijo del hombre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz aguda. Y otro ángel salió del templo gritando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: “¡Mete tu hoz y siega, porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura!” El que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra y la tierra fue segada. Otro ángel salió del templo que está en el cielo, llevando también una hoz aguda. Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego, y llamó a gran voz al que llevaba la hoz aguda, diciendo: “¡Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras!”

El ángel metió su hoz en la tierra, vendimió la viña de la tierra y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre que llegó hasta los frenos de los caballos en una extensión de mil seiscientos estadios.

Hay dos aspectos en la maduración “de la tierra” para la cosecha:

(1) Quienes eligieron creer en Cristo desarrollaron su carácter hasta reflejar el de Jesús tal como un espejo refleja la luz del sol. “**Son sin mancha delante del trono de Dios**” (Apocalipsis 14:5), por consiguiente, “**la mies de la tierra está madura**”.

(2) Quienes eligieron rechazar el amor del Salvador llenaron la copa de su iniquidad hasta entregarse a la rebelión contra Dios. Procuraron crucificar de nuevo a Cristo en la persona de sus santos, y mediante su odio a la verdad de Dios han traído sobre sí mismos la misma condenación de quienes crucificaron literalmente a Cristo. Las uvas de esos racimos de la tierra están “**maduras**” para el juicio. El Señor perdonó a quienes lo crucificaron la primera vez, pero cuando con pleno conocimiento se repita el hecho en la persona de los seguidores de Cristo, hará su aparición la “**ira del Cordero**” (Apocalipsis 6:16).

Considera las dimensiones de ese río de sangre que saldrá del “**gran lagar de la ira de Dios**” en el día final.

Oración: Señor, perdónanos por habernos preguntado en alguna ocasión si estabas muerto o ausente en este mundo de confusión y tinieblas. Al leer este capítulo de Apocalipsis despertamos a la realidad de que estás día y noche en la labor de salvar a las personas de la suerte terrible que aguarda a quienes crucifiquen de nuevo a Cristo. Gracias, Padre, por el evangelio de los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14. Es una grandísima buena nueva que lo hayas arriesgado todo a fin de redimirnos de la terrible

suerte de rebelarnos contra tu amor. Te lo pedimos en nombre de Jesús. Amén